

sin estar precisamente en las condiciones de esos seres imaginarios, está, sin embargo, en condiciones especiales por causa de la gravedad, condiciones que lo obligan en la práctica al empleo de dos escalas verticales distintas, las que pudiéramos llamar geométrica y dinámica, la primera para lo pequeño, y la segunda para lo grande. Al representar en pequeño lo grande, como es el caso del mapa en relieve, es indispensable aumentar la escala vertical en proporción al aumento de trabajo desarrollado en recorrer la extensión en ese sentido, si se quiere una representación más conforme con nuestra manera de sentir. De lo contrario, si la escala vertical fuese igual a la horizontal en la representación del relieve del terreno, las mayores alturas quedarían reducidas a unos pocos milímetros, y las regiones más escarpadas apenas presentarían indicios de ligeras ondulaciones. No sería posible admitir que suaves y apenas perceptibles deformaciones de la planicie representasen fielmente nuestras abruptas cordilleras.

El señor Rosales ha sido el primero que ha ejecutado en Colombia esta clase de trabajos y hasta hoy el único; y la gran utilidad que con su mapa presta al conocimiento de nuestro territorio, desde muchos puntos de vista compensa ampliamente la difícil tarea ejecutada por él.

Enviamos a su autor nuestras más entusiastas felicitaciones.

JULIO GARAVITO A."

(De *Gaceta Republicana*.)

---

## DORMIDO SOBRE EL ALTAR

### I

En el poblado de Graverolles, situado en un islote del Sena, vivían unas cuarenta familias. La iglesia del lugar era una capilla provisional, a donde todas las semanas iba algunos días, para celebrar la santa misa, el coadjutor de la parroquia de Rigny, a la que pertenecía el poblado.

Pedro Hureau, niño de trece años, era el monaguillo del lugar. Con piedad extraordinaria se preparaba para la primera comunión, que debía recibir en Mayo de 1910.

La mañana del 28 de Enero, se dirigía Pedro a la escuela de Rigny, y, mientras atravesaba el puente, advirtió que el Sena iba más crecido que el día anterior.

Mas, no había que temer: el barrio se remontaba a bastante altura sobre el río, y repetidas veces había oído asegurar que era muy difícil una inundación.

Pedro llevaba su cestillo de provisiones debajo del brazo. Andaba masticando, pausadamente, un pedazo de pan y repitiendo su lección. ¡Extraña lección! Era una fábula de La Fontaine (edición novísima *ad usum laicis*: para uso de las escuelas laicas):

¡Petit poisson deviendra grand,  
Pourvu qu'on lui prête vie!

Se hará grande el pececito si se le presta la vida.

El señor Cura había mostrado a Pedro una edición vieja, en donde se leía el nombre de *Dios* en lugar de ese *se*, pronombre indefinido, que el niño, indignado, no acertaba a pronunciar.

Al preguntarle el maestro la lección, Pedro recitó imperturbable: "Pourvu que *Dieu* lui prête vie...."

—¡Muchacho! ¿sabes que el nombre de Dios no puede pronunciarse en este lugar?....

—¡Pero, señor, si es La Fontaine quien lo ha metido dentro de la fábula!

—¡Insolente! ¡copiarás tres veces esa fábula! ¡Sabido es que Dios no existe! eso es una invención de los curas. Los sabios no creen ya en estas cosas.

—Pero, señor; Pasteur era un sabio y creía en Dios.

—¿Quién lo ha dicho?

—El señor Cura.

—¡Es un ignorante!

—¿Como Pasteur?

—¡Insolente! hoy comerás pan seco.

El niño guardó silencio. Sus compañeros, de quienes era muy querido, murmuraron contra el maestro.

—Este, furioso, empieza el dictado:

—“El siglo de las luces ha reemplazado las tinieblas de la ignorancia. El pueblo no cree ya en las supersticiones. La ciencia lo ha libertado de los vanos errores del pasado. La ciencia lo pone al abrigo de los terremotos y de las inundaciones....”

Los niños se miran unos a otros; no pueden contener la risa, y sueltan, por fin, una carcajada.

## II

Durante dos días el Sena había ido creciendo notablemente. Ningún perjuicio había causado, hasta entonces, mas era de ver cómo, mientras el maestro, en plena clase, declaraba, en nombre de la decantada ciencia, la imposibilidad de las inundaciones, el famoso río avanzaba en su crecida, majestuoso e imponente....

—Escribid, escribid: “El pueblo, a la vista de estas perturbaciones atmosféricas, ya no levantará las manos al cielo en actitud de súplica; no pasará más en procesión, por las ciudades y los campos, las pretendidas reliquias de los santos....”

Todos los alumnos dejan caer la pluma de la mano.

—Señor, dice Pedro, usted insulta a nuestra religión y está violando la neutralidad.

—¡Ah! replica en són de burla el maestro, ¿es también el Cura quien os ha dicho esto? Pues bien, escribiréis o iréis castigados.

—Nosotros no escribiremos jamás semejantes blasfemias.

Y los niños salieron presurosamente de la escuela.

Pedro se dirigió a la iglesia para desagraviar a Jesucristo de los ultrajes que acababa de inferirle el maestro, y puesto de rodillas, ocultó la cabeza entre las manos y lloró.



El despreocupado maestro quedó solo y pensativo en la escuela, reconociendo que se había extralimitado en sus manifestaciones anticlericales, y que las familias de los alumnos, excitadas, sin duda, por el Cura retrógrado, iban a causarle un serio disgusto. Impulsado por estas reflexiones, resolvió levantar a Pedro el castigo que le había impuesto y devolverle el cestillo de provisiones que le había confiscado.

Por la tarde ya no habló de Dios, de reliquias ni de procesiones.

A las cuatro, hora de la salida, Pedro iba camino de casa, triste y cabizbajo. Un peso extraño le oprimía el corazón.

### III

Desde una elevación del camino pudo observar que el Sena había crecido considerablemente durante las horas transcurridas desde la mañana. A lo lejos aparecían praderas inundadas y una vasta superficie de aguas encharcadas, por donde asomaban sus cabezas multitud de árboles casi enteramente cubiertos por el fluido elemento. El contemplaba absorto este espectáculo, mas estaba muy lejos de suponer que pudiese sobrevenir peligro alguno a Graverolles, su pueblo natal.

Pronto se desvió del camino que seguía, para tomar un estrecho sendero que conducía a una capillita de la Virgen, situada al borde del bosque. Al cabo de media hora había llegado. Aunque anochece, permaneció allí largo tiempo, ofreciendo a María tiernos actos de expiación y desagravio, por las impiedades de su maestro: finalmente, pidió con fervor la gracia de poder recibir pronto y bien su primera comunión.

La noche avanza y es preciso llegar a casa cuanto antes. Sigue un camino por él muy conocido, mas a su llegada a Graverolles, advierte que el agua ha subido hasta alcanzar la altura del puente. Siente miedo y retrocede con espan-

to. El río se desborda por todas partes é invade la reducida aldea. Llega a su casa y la encuentra desierta, y las demás también.

Todos los habitantes habían abandonado el lugar. Evidentemente sus padres habrían salido por la carretera, confiados en hallarle a su vuelta de la escuela. Precaución inútil por haber seguido distintos caminos. Resuelve, pues, regresar a Rigny sin pérdida de tiempo. Al pasar junto a la capilla, atrae poderosamente su atención la luz oscilante de la lámpara del Santuario. Allí estaba el Santísimo Sacramento, y el señor Cura que, sin duda, ignoraba la crecida del río, no debía venir hasta la mañana siguiente. Pero al día siguiente la capilla estaría ya debajo de las aguas.

### IV

No hay tiempo que perder. Es preciso recoger el copón y llevarlo a Rigny. Mas ¡ay!.... la llave del tabernáculo se guardaba en casa del sacristán. Corre allí. La busca largo rato por todas partes. El tiempo pasa. Fuera de la casa el viento sopla con fuerza, y el agua, al chocar contra los obstáculos que encuentra a su paso, produce ruidos siniestros.

¡Por fin, da con la llave! El niño se lanza a la calle; el agua le llega a las rodillas. Afortunadamente la capilla estaba un poco más elevada y había que subir algunos peldaños para llegar hasta ella. Entra precipitadamente. Mas la crecida aumenta de una manera violenta y rápida, y el agua penetra junto con él en la casa del Señor. Corre hacia el tabernáculo. Abre la puertecita, toma el copón y lo estrecha contra su pecho. Intenta salir, y el agua le cubre hasta la cintura. Sería inútil avanzar. El agua sepultaría su cuerpo si diese un paso más.

Con hondo pesar penetra otra vez en la capilla. Está sitiado y prisionero con su Dios. Cuidadosamente, y con reverencia, coloca el copón sobre el altar y se arrodilla jun-



to a la verja de la comunión. Se apodera de su corazón un grande temor y siente mortales congojas. Si la creciente prosigue, tendrá que morir solo, allí.

¿Solo? No, Jesús está a su lado junto a él, mas no podrá recibirle en su interior y morirá sin haber hecho su primera comunión.

Gruesas y copiosas lágrimas caen de sus ojos.

Arrancan de su corazón y pronuncian sus labios tiernas y fervientes súplicas.... mas pronto invade todo su cuerpo un frío intenso. Sus vestidos están empapados y siente que lo abrumba un peso enorme. Se apodera de él fuerte temblor.... "¡Dios mío, Dios mío, no me abandonéis!" Pasa en esta angustiosa situación una hora terrible....

Ruega.... mas hé aquí que el agua sube todavía hasta la mesa de la comunión.

Pedro avanza algunos pasos y se detiene al pie del altar. Transcurre otra hora interminable.

Ruega aún.... mas el agua sigue adelantando.

—"Perdonadme, Dios mío, si busco un refugio más cerca de Vos."—Así dice, y de un salto sube al altar.

¡Oh! ¡qué horas tan largas!....

La lámpara del santuario, casi apagada, extiende sobre la superficie de las aguas, débiles rayos de luz, suficientes para que el niño pueda darse cuenta del peligro que le amenaza.

Redobla el fervor de su oración.... y el agua, en sus movimientos de vaivén, corre ya ligera sobre la mesa del altar.

Pedro toma el copón de oro y lo coloca entre sus brazos; sube así las gradas del altar, hasta el retablo central, y se acomoda en el estrecho espacio que ofrece el remate del sagrario mayor. Pone al Dios de cielos y tierra junto a su corazón y lo estrecha con fuerza.

Una idea se le ocurre. Si el agua adelanta un poco, no hay manera, no puede subir más arriba; mas antes de morir, ¿podría él mismo administrarse la sagrada comunión?

Se hace la pregunta y no acierta a contestar.

El frío y el temblor se apoderan más y más de su cuerpo extenuado. Conoce perfectamente que está enfermo y siente que la fiebre le domina.

Toma asiento en el estrecho espacio que el agua ha respetado y se apoya contra el retablo. No cesa de orar, y estrecha siempre contra su corazón el copón sagrado.

Después, siente que las fuerzas le abandonan, que un sueño pesado le cierra los ojos, y entonces, a pesar suyo, inclina suavemente la cabeza sobre el pecho.

El agua se ha detenido en su carrera. Ya no sube más. En sus movimientos choca contra el tabernáculo y en torno de este niño dormido, custodia viva de su Dios.

## V

A la mañana siguiente, al despuntar el alba, una barquilla tripulada por dos hombres, uno de ellos sacerdote, avanza lentamente y con grandes precauciones en dirección a Graverolles.

La puerta de la capilla había quedado abierta y en su parte más alta ofrecía paso todavía. Los dos hombres, un poco inclinados, podían penetrar dentro en la barca.

Al instante advierte el sacerdote que en la parte más alta del tabernáculo mayor, que sobresalía por encima de las aguas, aparece un niño inmóvil, pálido como una hostia, con los brazos cruzados y la cabeza recostada sobre su pecho. El sacerdote le reconoce y le llama en alta voz:

—¡Pedro!.... ¡Pedro!....

Nadie le contesta.

Manda que se aproxime la barca hasta el niño, y al tomarlo con cuidado entre sus brazos, repara que las manos de Pedro amparan y sostienen el copón.

Con todas las precauciones posibles toma el copón y coloca al enfermo en el fondo de la barca.



Entonces abre el niño pausadamente sus párpados.

—Pedro, le pregunta el sacerdote, ¿tienes frío?

El niño sonrfe y le contesta : ¡No!

—¿Tienes apetito?

Pedro sonrfe nuevamente y pronuncia un sí resuelto, que, como murmullo dulce y suave, se desliza de sus labios rojos y ardientes.

—¿Quieres un poco de pan y de vino para reanimarte?

Hace un signo negativo.

—¿Qué deseas, pues, querido Pedro?

Con un gesto débil, pero muy expresivo, señala el copón.

El sacerdote, muy conmovido y adivinando el pensamiento del niño, levanta su mirada al cielo y corren por sus mejillas algunas lágrimas.

—Sí, Pedro querido, sí; el que ha salvado a su Dios es muy digno de recibirlo.

En seguida toma la sagrada Hostia y la deposita en los labios del niño.

Este sonrfe con expresión llena de dulzura, y, cerrando los ojos, prosigue su oración interrumpida por el sueño.

—Pronto, pronto, dice el sacerdote, volvamos a Rigny, donde sus padres lloran creyéndole perdido.

La barca sale de la capilla y avanza lentamente a través del poblado, luchando contra los obstáculos y los desechos de la tormenta.

El sol aparece en oriente, hermoso y radiante, y con sus destellos de luz ilumina el espantoso desastre, que se presenta grandioso e imponente.

Pedro se agita, acariciado por los primeros rayos del sol naciente.

—¡Perdón! exclama, ¡perdón, Dios mío!

—¡Ah! hijo mío, le dice el sacerdote, puedes descansar tranquilo; Dios te ha perdonado todas las faltas que hayas podido cometer.

—¡Perdón, repite el niño, perdón para mi maestro!....

—Y también para Francia, Pedro, ¿no es verdad?

—¡Sí, sí, y para Francia!

A estas palabras sigue una ligera conmoción, luégo un suspiro, y el alma hermosa y pura de Pedro sube al cielo como hostia expiatoria de la Francia culpada.

## EL ENTIERRO DEL MINNISINK

(DE LONGFELLOW)

Sobre el bosque y la agreste serranía  
Su moribunda luz la tarde envía ;  
De los frondosos arcos la belleza  
Realzada por el sol, desaparece  
A medida que el cielo se oscurece  
Y las selvas se cubren de tristeza.

Lejos, entre las luces vespertinas,  
Su azul perfil destacan las colinas,  
Véase distante cúspide cubierta  
De nube tinta de fulgor rosado,  
Viva imagen del lago nacarado  
Do del indio el Espíritu despierta.

Resuena al són de agreste melodía  
Fúnebre canto entre la selva umbría  
Apenas agitada por el viento;  
De austero corazón pueblo esforzado  
Lleva á su último sitio al jefe amado  
Por la orilla del lago, a paso lento.

“ Su trigésimo invierno se acercaba  
Cuando en sus dulces lares reposaba,  
En la postrera luna de las flores;